

## UN MODELO NO TRADICIONAL PARA EL ESTUDIO DEL CAMBIO CULTURAL EN TERRITORIO ARGENTINO DEL SIGLO XVI EN ADELANTE

*Ciro René Lafon*

1. Las páginas que siguen tienen por objeto la presentación esquemática de un modelo no tradicional para el estudio del cambio socio-cultural en nuestro país, a partir del siglo XVI, que sirve de base para un trabajo de mayor envergadura que está en plena realización, por obra de un grupo de egresados y alumnos de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, que me honro en encabezar y me honra con su colaboración, unidos todos por la vocación de servicio al país, a su presente y a su futuro. Hasta el momento de dar a publicidad este adelanto han colaborado Ana María Puparelli, Luisa Mastrángelo y Graciela Kaplan, a los que irán incorporándose sucesivamente otros que han comprometido su colaboración desinteresada para seguir adelante.

El trabajo nació como consecuencia de la puesta en marcha de un proyecto de largo aliento para estudiar el Nordeste Argentino, que algunos lectores ya conocerán (Lafon, 1966; *Actualidad Antropológica*, 1970; Lafon 1971), cuando encaramos el estudio del desarrollo cultural y cambio después de la llegada de los españoles. La compulsión de las fuentes históricas y bibliográficas nos ubicó frente a la imposibilidad de tratar el tema de manera particular y circunscripta a un determinado sector del país; frente a la necesidad de contar con un modelo que sirviera para nuestro caso especial y frente a la necesidad de elaborar una metodología operativa para organizar de manera inteligible cantidades cuasi astronómicas de datos e informaciones que, hasta el momento, no han sido utilizadas ni valoradas en su justa medida por los antropólogos, y que depararán, sin duda, grandes sorpresas.

Dura y engorrosa es la tarea, pero estamos cumpliéndola paso a paso de acuerdo con la siguiente programación: a) elaboración de un modelo para el estudio del cambio en el territorio argentino, cuya primera aproximación es lo que hoy presentamos con la firma del director del proyecto; b) una serie de monografías sobre temas especiales que se tratan en conjunto en el modelo (desa-

rollo, economía, cuestión indígena, migración, movilidad, distribución geográfica precisa de los grupos aborígenes luego de la llegada de los españoles, la secularización de la sociedad, las configuraciones regionales, el indio en la legislación —y en la realidad—, etc. etc.); c) evaluación de conjunto. Queda sobrentendido que el punto (b) sabemos cómo y cuándo empieza, pero no cómo ni cuándo va a terminar. Tenemos clara conciencia de la magnitud de la tarea empezada, y de la responsabilidad que asumimos al hacerla pública, pero no hacemos más que intentar saldar la deuda que los antropólogos argentinos tenemos con el país: conocer su imagen real (Lafon, 1968).

2. El modelo propuesto ensaya desplegar una visión unitaria de tan complicado fenómeno en función del medio geográfico, del tiempo y de los hombres. Está concebido en sentido vertical y horizontal, diacrónico y sincrónico a la vez. Sigue las líneas de fuerza que generaron las distintas configuraciones regionales que resultaron del encuentro entre europeos y aborígenes, sin perder de vista los lugares y los hombres que les dieron vida, a lo largo de más de cuatro siglos, hasta llegar a nuestros días. Sobre la importancia de las funciones espacio y tiempo no es necesario que insistamos. Pero sí es imprescindible que pongamos en claro cómo concebimos la importancia de la función que determinamos al decir "los hombres". Esa importancia reside en la interpretación y valoración de la acción humana en términos de *demografía cultural*. Con este rótulo englobamos la información demográfica calculada, estimada o aproximada que corresponde a cada segmento de tradición propuesto en este modelo de cambio; la suma de información cultural acerca de cada grupo de población que se moviliza de un lugar a otro para regresar o establecerse en otro lugar definitivamente, y la información y valorización de la significación de los centros urbanos en el proceso que estudiamos.

Responde a la necesidad de bucear en los orígenes de la nacionalidad, de rastrear los ingredientes que la constituyen, de articularlos en orden histórico, de valorarlos en su lugar y en su momento a través de quienes fueron sus portadores, y de presentarlos en forma dinámica y congruente. Como un proceso continuo e ininterrumpido cuya última etapa estamos padeciendo este Año de Gracia de 1972. Quiere captar la esencia de nuestra realidad nacional que tanto nos preocupa.

Tiene una función: promover el estado de discusión en un campo poco transitado por los especialistas, especialmente en la dimensión que lo encaramos, al proponer un modelo de estudio especial para la República Argentina, que hunde sus raíces en la tierra y en los hombres que forjaron nuestra individualidad como Nación; y evitar los estereotipos generalizados, para no caer en la trampa de la erudición y la intelectualidad, tan caras a quienes elucubran sistemas, proyectos y encuestas, ajenas por completo a la realidad circundante, que bulle a nuestro alrededor en la ciudad, en los pueblos y en los campos.

Quiere ser una interpretación antropológica global del devenir de la argentinidad, con un matiz pragmático, militante, combativo y polémico, en cuanto servirá para demostrar que nuestra Antropología mucho tiene que decir en estos momentos de prueba. Hacemos una antropología del cambio con sentido nacional, que mira hacia atrás y hacia el interior, pero para poder pisar fuerte y marchar con seguridad hacia el futuro, y no para añorar el antiguo esplendor de la década del Centenario. Una Antropología que aspira a

encauzar el deseo de ser útiles de estudiantes y profesionales de la especialidad. Una Antropología al servicio del país, de sus hombres y de sus instituciones.

La militancia implica el conocimiento directo del país. Este conocimiento hará posible dar testimonio de la situación real en la que estamos viviendo. El testimonio servirá para que estudiosos y gobernantes abramos los ojos y nos pongamos en acción. No dudamos que nuestro testimonio adquirirá, ante muchos que lo conozcan, significación combativa y polémica, como hemos manifestado en el párrafo anterior, y que podrá ser valorado como una denuncia. No nos arredra esa posibilidad y menos ese matiz, en cuanto un testimonio veraz, objetivo, fundado y manifiesto, puede contribuir a que un estado de cosas, admitido corrientemente como normal, pueda comenzar a ser enfocado desde otro ángulo, produciendo escozores e inquietudes. Si esto ocurriera sería de gran utilidad, porque esperamos la crítica que ayudará mucho a nuestra propia auto crítica.

El primer paso es la caracterización cultural de las poblaciones aborígenes y su ubicación precisa en el espacio a la llegada de los europeos. Importa fundamentalmente no sólo la identificación cultural sino también la ubicación exacta en espacio y tiempo. El mosaico de culturas aborígenes condicionará en grado variable todo el proceso posterior, que se verá afectado por la intensa movilidad de los grupos indígenas, consecuencia de la entrada de los europeos. Esta movilidad debe estar siempre presente en la interpretación de la información, so pena de caer en un quietismo que poco ha favorecido los estudios al respecto, dando por sentado un esquema fijo e inmutable de la población aborígena. La distribución y caracterización de los aborígenes argentinos a partir del siglo XVI ya ha sido planteada con precisión (Lafon 1969; Puparelli MS).

El segundo paso es la caracterización de lo que la cartilla histórica ha dado en llamar las "*corrientes colonizadoras*" en lo que se refiere a sus motivaciones primarias, a la extracción y número de sus integrantes, a su ruta de entrada y, sobre todo, a su bagaje sociocultural, porque en él descansará el segundo ingrediente inicial básico de nuestra cultura nacional. En un trabajo anterior (Lafon, 1969) englobamos esa fuerza cultural en una especie de paradigma bajo el nombre de "cultura de conquista" valiéndonos de la denominación acuñada por Foster, pero sin compartir su argumentación al respecto, por cuanto su interpretación es demasiado simplista. Una de las corrientes entró por el extremo noroeste; la segunda por el Río de la Plata y la tercera, con algo de retraso, vino desde Chile. El choque con los indígenas primero y el contacto continuo después, decantaron un proceso de aculturación con modalidades distintas, condicionadas por la diversidad cultural y física de los aborígenes, a la que se sumó un medio distinto (ámbito del noroeste y ámbito del nordeste) que les dio sello propio.

El tercer paso es la integración de lo que hemos llamado *cultura criolla*, unidad cultural resultante de la suma algebraica, y como tal, irreversible, de la cultura de los conquistadores y las culturas aborígenes, producto concreto de una *aculturación bilateral*. Es algo nuevo, no es española, pero tampoco indígena. Es un tipo cultural. Tiene, y tuvo, existencia real. Su esencia es lo que bien podemos llamar *criollismo*, entendido como el conjunto de tradiciones sociales, culturales y religiosas de los criollos, y sus instituciones, en suma, los

valores que regulan su vida. Podríamos llamar *criollidad* al modo de ser de un criollo, subjetiva y objetivamente, que se siente criollo y reacciona como criollo y a su posición en un medio no criollo, y denominar *criollicidad* al conjunto de personas criollas, del grupo criollo (Cf. Memmi Albert, *El Hombre Dominado*, Madrid, 1972 pp. 37 y ss.).

Los antecedentes citados más arriba hacen que esta cultura criolla se organice según dos sistemas de equilibrio distintos, uno en el cuadrante noroeste del país, y otro, en el cuadrante nordeste, a partir de las unidades culturales que tomaron forma en Asunción a contar desde 1541, y en Santiago del Estero a partir de 1553. Cada una de ellas —verdadera Ciudad Madre— se convirtió en un centro de irradiación de las modalidades propias de su respectiva cultura criolla, que fueron expandiéndose en las entradas y fundaciones posteriores. Esta forma cultural, transmitida socialmente en el tiempo y expandiéndose en el espacio se convierte en una *Tradición Cultural Criolla*, con una adaptación y características propias en el Noroeste y otra, distinta de la del Nordeste. Cada una de ellas puede ser dividida en segmentos temporales de desarrollo con características propias, que permiten seguir su devenir y sus cambios con seguridad cronológica y geográfica, desde fines del siglo xvi hasta hoy, incluyendo sus contactos e influencias recíprocas. El sector Cuyano durante el tiempo que transcurre hasta la Real Ordenanza de Intendencias permanece bajo la acción cultural de allende la cordillera, pero no por ello ajeno al devenir cultural de las regiones vecinas, con las que estaba en contacto.

Tanto la Tradición Cultural Criolla del Nordeste, como la Tradición Cultural Criolla del Noroeste están integradas por la suma de las unidades de cultura criolla que pueden identificarse en el habitat respectivo, tomadas en conjun'io y referidas a las coordenadas espacio y tiempo. Hemos procedido así, valiéndonos de nociones metodológicas procedentes de la Arqueología, porque ninguna de las historias individuales de dichas culturas nos hubiera permitido aproximarnos siquiera, al proceso total. Solo así es posible seguir en dimensión temporal (vertical) el desarrollo de las formas particulares (culturas) en su habitat respectivo (dimensión espacial) y de su agrupación conjunta teniendo en cuenta sus características comunes (patrones) sin olvidar que todas esas formas culturales, particulares, están relacionadas entre sí de un modo u otro, y han caracterizado a determinados grupos humanos o a ciertos sectores de la sociedad. Los prototipos son la *Cultura Asunceña* a partir de 1541 y la *Cultura Santiagueña* a partir de 1553. Sólo de este modo podemos rastrear el origen de la tercera gran Tradición Cultural; la *Tradición Cultural de la Pampa*, destinada a estereotipar largo tiempo la imagen del criollo de la llanura: el gaucho.

4. El tercer paso, como acaba de verse se descompone en dos momentos. Uno es la consolidación de una nueva forma cultural, que pasa de una generación a otra y va expandiéndose a partir de un punto inicial hasta cubrir extensas áreas geográficas. Otro es la integración de una nueva unidad cultural, algo así como la esencia de las unidades culturales que mencionamos en el párrafo anterior: la Tradición Cultural, transmitida socialmente en el tiempo, con una adaptación ecológica que le es propia, con una tecnología determinada y una cosmovisión particular. Y esta es una noción que nos viene del campo de la Arqueología (Willey, 1964; Willey, 1966) sobre cuya uti-

lidad no estimamos necesario extendernos. Simplemente nos hemos aprovechado de ella, tan operativamente valiosa en el campo de la prehistoria, para aplicarla al estudio del cambio en tiempos históricos, con la ventaja que representa disponer de documentación más completa y manejable y una cronología precisa, con resultados altamente favorables, como demostraremos más adelante.

La identificación de los factores que contribuyeron a la consolidación de cada Tradición (biológicos, ambientales, inherentes, societales, culturales, etc.) y la división de cada una de ellas en segmentos de desarrollo (directo, convergente, divergente, elaborado, reducido) permite seguir el proceso en espacio y tiempo; poder evaluar los cambios en su justa medida y determinar el nacimiento, la transformación parcial o total y, eventualmente, la extinción de cada forma cultural, así como su interacción con las que se desarrollan contemporáneamente. La utilidad de un planteo como el que aquí presentamos reside en su visión de conjunto del proceso de los orígenes y desarrollo de la nacionalidad, sujeto a un sistema de coordenadas histórico-geográficas, con sentido e interpretación antropológica, que no descuida ni descarta ninguna información (de las que conocemos, y con seguridad, no hemos agotado). De este modo se puede abarcar verticalmente y horizontalmente, con precisión temporal y espacial, la integración de la nacionalidad.

5. Esta nueva vía de estudio es diferente, sin duda, a la modalidad de trabajo de los historiadores tradicionales y aún a la de los nuevos cultores de la "historia social", en cuanto hacen aparecer a la Historia Argentina partiendo de los hechos desarrollados por la cultura española, sin tener en cuenta el factor aborigen y el posterior cambio español en tierras americanas. No es haciendo la "historia del pago chico", ni hurgando los archivos en busca del documento inédito, mientras más antiguo mejor, como se reconstruirá la historia nacional. Ni tampoco viéndola a la luz de sistemas sociales o políticos ajenos, ni sobre la base de un andamiaje ricamente erudito que sostiene interpretaciones *in vitro*, ni sumando las historias regionales que se han popularizado últimamente.

Y choca también con la Antropología Social que quiere transplantarse a nuestra tierra. Digo transplantar porque no tiene cuerpo todavía. Hay que hacerla. Tenemos que hacerla nosotros, los que trabajamos para el país, antes que las especies transplantadas, bien regadas, bien protegidas y bien cuidadas, cubran los nacientes retoños de la Antropología criolla. No implica esta posición ni chauvinismo ni xenofobia, sino conciencia de la responsabilidad que nos cabe a quienes estudiamos este sector del conocimiento: si no empezamos a mirar para adentro y a tomar en cuenta el país real; si no empezamos a conocernos a nosotros mismos, según el precepto griego; si no elaboramos nuestros propios modelos y nuestras propias reglas de juego, estaremos contribuyendo a que la situación que atravesamos se haga más dura. No podemos seguir "mirando a los otros" como lo hacían etnógrafos y viajeros del siglo pasado, máxime cuando "esos otros" pertenecen a nuestra propia estructura política y social, pertenecen al Estado Argentino. Tenemos conciencia de que es difícil ser objeto y sujeto a la vez de la Antropología; es difícil, realmente. Pero esa situación es la que hace que la Antropología sea ciencia del hombre. Ese-hombre-y-yo. Yo y ese hombre. No yo (antropólogo) frente a otra cosa (el otro hombre). Claro que es más cómodo objetivar esa alteridad y contemplarla y estudiarla co-

mo a los peces en un acuario. Será cómodo pero no es ni antropológico, ni científico, ni humano, ni actual. Esa posición, respetable y aséptica, sin duda, en cuanto a su seriedad y objetividad, no puede ser ya la única válida, si es que lo es. Hay otra que es militante, de acción, de colaboración, de poner el hombro. Es la que hemos elegido.

Esta aparente digresión contribuye a aclarar lo que dijimos en el acápite 2, cuando mencionamos que hacíamos una antropología nacional, polémica, pragmática y militante.

6. El choque de la cultura europea con las culturas indígenas se dió por segunda vez, en forma masiva, sin haberse realmente nunca interrumpido del todo, en la segunda mitad del siglo pasado, al ampliarse la frontera por el Sud (primera y segunda Campaña del Desierto) y en el Chaco (expedición Victorica). Pero esta vez no fueron los conquistadores europeos, sino los habitantes de la ciudad (la civilización), cuya neta raigambre cultural europea opera como grupo de referencia más que como grupo de pertenencia (Sarmiento, Ro-ca, etc.). Avasallaron a los indígenas diezmandolos, arriconándolos, reservándolos, o directamente ignorándolos.

En el Sur, la entrada del blanco —ya en este momento se plantea concretamente la oposición— es agresiva y violenta, pero cierto número de indígenas que sobrevivieron dieron lugar, en ciertas áreas, al nacimiento de una nueva forma cultural, que no está totalmente estructurada todavía. Es esta una *Cultura Criolla Araucano-Neuquina* cuyo destino parece ser el de no convertirse en una *Tradición Cultural Criolla Patagónica*, por razones que trataremos por separado en otra sección, aunque resulta evidente que las autoridades no han favorecido, precisamente, la puesta en marcha de los factores que pudieron haber ayudado a que tomara cuerpo. Recordamos también que este lejano Sud, al sur del Río Colorado, parecería no existir para la Antropología, excepto para la Arqueología, hasta el último lustro. No había folklore, no había problema indígena, por lo menos para la ciencia oficial. Algunas comunidades eran periódicamente visitadas por estudiosos de distinto nivel que luego relataban o no sus experiencias (Ruca Choroí, por ejemplo) o exponían sus fotografías, o daban conferencias en tribunas de distinta jerarquía.

Nosotros hemos localizado el problema contacto con el blanco en el siglo XIX, como una expansión procedente de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa, en cuanto forma parte de un proceso que se origina y se incorpora al que se desarrolla en la mitad norte del país. Por eso dijimos "contacto masivo". Contactos esporádicos los hubo desde Magallanes (1520) y Alcazaba (1534), seguidos de un fallido intento de colonización que motivó la difusión del caballo. A mitad del siglo XVII empieza la evangelización con Rosales, a quien sigue Mascardi; mucho se habla de estas tierras y se ensayan fundaciones, como San José (Chubut, 1779), Carmen de Patagones (sobre el río Negro, 1779) y otras, de las que solo sobrevivió esta última. Recién el choque masivo se produce en el siglo XIX. Y a eso nos referimos, localizado en Neuquén y Río Negro. Aún así, el fenómeno es muy complejo. Hay numerosos aportes cuya significación está siendo valorada. Algunos, además del procedente de la Conquista del Desierto, son de origen hispano-portugués de siglos anteriores, otros de origen chileno (González, M. H. 1970).

En el extremo Nordeste, (el Chaco, genéricamente hablando) la entrada también fue agresiva y hostil, tanto que el indio fue totalmente marginado y

quedó fuera del proceso. Las tierras conquistadas (?) fueron ocupadas por criollos portadores de tradiciones culturales distintas (salteños, tucumanos, correntinos, santafecinos, paraguayos, etc.) que convivieron y se mezclaron con colonos de origen europeo, avanzado ya este siglo. Está consolidándose aquí una forma cultural nueva, una *Cultura Criolla Chaqueña* que, con respecto a las otras que hemos caracterizado, si se nos permite, consideraremos como de segundo grado, aunque su criollidad (vide supra) es más criolla, si vale la comparación. El indio, aparte. Está ahí. En su territorio, misiones de distintos credos intentan rescatar su alma. Estos aspectos son tema de estudio especial en otra sección. La faja septentrional de la Mesopotamia pasó y pasa por un proceso semejante. A la extinción virtual de la Tradición Cultural Criolla Misionero-Guaraní después de transitar por su Segmento Reducido hasta principios de este siglo, se implantó la colonización de origen europeo. Indios y criollos de zonas vecinas, segregados y en situación equivalente a la del Chaco. Pero la segunda generación de europeos está cambiando o desapareciendo. Hay mezcla, mestizaje y rompimiento de la estructura patriarcal y segregacionista que cuajará, sin duda alguna en una nueva *Cultura Criolla Misionera*, que ya existe, aunque no se vea del todo nítida.

Y a las puertas de Buenos Aires están los criollos del Delta, los isleños, que claman por integrarse al proceso nacional. Allí también, la nueva generación rompe los moldes europeos de organización familiar paternalista y se rebela contra la explotación no planificada de sus tierras feraces y productivas. Está ahí, tomando cuerpo, la nueva *Cultura Criolla del Delta*. Esta, como la de Misiones, es de segundo grado y recentísima.

7. Con esta rápida síntesis cronológico-cultural que venimos a esbozar, enunciamos el cuarto paso de nuestro esquema: el estudio particular acerca del origen, consolidación, desarrollo y cambio de las dos grandes tradiciones culturales: la Tradición Cultural Criolla del Nordeste —que dió origen a la Tradición Cultural Criolla de la Pampa— y la Tradición Cultural del Noroeste.

En la integración de cada una de ellas determinaremos la existencia de un *proto-segmento* en el que empieza a tomar cuerpo, en el que se identifican una serie de "tendencias a" que luego se asociarán intrínsecamente hasta conformar la tradición propiamente dicha. Este proto-segmento se inicia a partir de los primeros contactos entre europeos e indígenas. Tiene una duración distinta según los lugares, ya se trate del Nordeste o del Noroeste. Su desarrollo varía según el tipo de relación con el aborígen. Su mayor o menor integración está condicionada por la forma cultural autóctona y por la forma cultural que la invade. De ahí la necesidad de conocer bien no sólo la población aborígen a la llegada de los españoles, como lo exige el primer paso de nuestro modelo, sino también los últimos períodos de desarrollo cultural local.

La contribución de la Arqueología es decisiva, por lo menos en el cuadrante noroeste del país. La información sobre los períodos Tardío e Imperial se hace imprescindible si se tienen en cuenta los cambios ocurridos inmediatamente antes de los europeos. Integración y desajustes previos bien conocidos serán una base sólida para evaluar el proceso de ahí en adelante. Y la compulsiva menuda de las fuentes completará el conocimiento de ese período Hispano-Indígena que en buena parte de los cuadros cronológicos figura reducido generalmente a un lapso variable según la región, al que no se asigna, salvo contadas excepciones, ni significación ni contenido preciso. (Cf. Lafon 1968).

Suele ser tan imprecisa esa presentación que sin querer se la suele hacer sinónima de Estadio Colonial; como se verá en la sección correspondiente, distinguimos neta y claramente entre Hispano-Indígena y Colonial. El primero implica contacto y aculturación bilateral. El segundo, la instalación de la maquinaria burocrático-administrativa española. En otros términos, la dominación política, cultural y económica. Afirmamos también que tanto el uno como el otro tienen un contenido social y cultural que condiciona el desenvolvimiento posterior.

Así encarado el problema de estos primeros momentos, el protosegmento de las tradiciones en cuestión debe ser concebido en términos de periodización, como un *Estadio Hispano-Indígena* con el choque cultural primigenio que resulta de un dinámico proceso de contacto, luchas, intercambios y adaptación entre las formas culturales intervinientes. Cuando se logra el ajuste (?) o nuevo equilibrio a favor de la unidad vencedora, se inicia el *Estadio Colonial*. Sujeción y dominación política y social, pero con un contenido cultural no uniforme. En el Nordeste, el Estadio Colonial empieza cuando oficialmente la gestión como Gobernador se ordena y codifica por mandato real (Ca. 1554/1555). En el Noroeste, se inicia casi contemporáneamente, después que el gobernador Aguirre establece la sede definitiva de Santiago del Estero (1553/1554), pero no ocurre lo mismo en todo el ámbito. En Jujuy, por ejemplo, recién a partir de 1601 (Lafon 1968). En los Valles Calchaquíes los aborígenes resistieron hasta mediados del siglo XVII, atrasando el proceso de hispanización. No hay sincronía en el establecimiento definitivo de la estructura política colonial en este amplio cuadrante noroestino. La integración del Estadio Hispano-Indígena en su completa configuración social y cultural constituye uno de los centros de interés, objeto de investigación en marcha, por nuestros colaboradores.

A manera de ejemplo, esquematizamos a continuación la aplicación del modelo en el cuadrante Nordeste del país.

8. *La Tradición Cultural Criolla del Nordeste* nace, se consolida y cambia en un marco preciso de coordenadas, en las cuales el espacio corresponde a lo que hemos llamado Nordeste (Lafon 1969) y en tiempo, al que va desde 1536 hasta 1950. Advertimos que hemos elegido 1536 por su significación y trascendencia, efectiva y comprobada, pero no hemos dejado de tener presente contactos anteriores, desde Gaboto en adelante, ni tampoco las informaciones que tenían ya los indígenas procedentes de los puertos brasileños o de distintos extraviados o naufragos de otras entradas y descubrimientos fallidos. Y hemos elegido 1950 un poco arbitrariamente. Han sido tantos los cambios de ahí en adelante y tanta la "contaminatio", que con criterio semejante al de los arqueólogos y al fechaje radiocarbónico, consideramos *Presente* al que empezó en 1950. Que haya sido éste el Año del Libertador General San Martín, es producto de la casualidad.

Empezamos por una enumeración de los factores que contribuyeron a consolidarla. BIOLÓGICOS: (potencial de adaptación del recién llegado al nuevo habitat; falta de mujeres, que ocasionó mestizaje intensivo; aumento acelerado de mestizos o mancebos de la tierra, etc.) AMBIENTALES: (feracidad de la tierra; benignidad del clima; facilidad de subsistencia; distancia de la metrópoli; dificultad de las comunicaciones que hicieron surgir un espíritu independiente, etc.) DEMOGRÁFICOS: (el número de indígenas que se vincularon o fueron sometidos y el crecimiento del número de los mancebos, que pa-

ra 1570 superaban en proporción de cuatro a uno a los españoles, etc.) INHERENTES AL GRUPO MISMO: (fuerza vital, tendencia al cambio, ambición de riquezas, etc.) SOCIETALES: (producción de nuevas pautas; apetencia de cambio, espíritu separatista; olvido y rechazo de la funcionalidad de las instituciones españolas, etc.). Los FACTORES CULTURALES tuvieron gran significación más allá de la explicación simplista de ayuda mutua que sienta la cartilla histórica. La cesión de mujeres por parte de los carios (guaraníes) no fue porque sí. La estructura de parentesco guaraní implicaba incorporación al grupo de la mujer y servicio a su familia por parte del cuñado (tobayá) al hermano de su mujer. Por su parte, la actitud paternalista de los españoles aspiraba a dominar a los indios a través de su mujer. Que tampoco resultó. La suma de estos factores convirtió a la Cultura Asunceña, consolidada a partir de 1541, en una Tradición Cultural Criolla de larga, fecunda y azarosa continuidad, como se verá en la escueta caracterización de los segmentos por los que transcurre.

El *Protosegmento* al que aludimos en el acápite nº 6 cubre el lapso que va entre 1536, con el establecimiento del Primer Adelantado en Buenos Aires, y 1555 o 1554, fecha en la que Irala "gobernó en paz" a los asunceños, a los cuales se habían incorporado los porteños que abandonaron el asiento. De sumo interés son los acontecimientos, y los fenómenos que ocurren en estos años. Son conocidos, es verdad, pero no en su valoración al servicio de nuestra meta (relaciones con la Tradición Cultural Criolla del Noroeste; distribución y caracterización precisa de las parcialidades aborígenes como consecuencia de la entrada por el noroeste; exacta valoración del despoblamiento (?) de Buenos Aires, frente al hecho de que cuando vino Garay había sementeras y ganado; enumeración y caracterización del bagaje cultural que vino con Mendoza y los refuerzos llegados en 1538, con Alonso de Cabrera; verificación de quienes eran y porqué se quedaron los que se quedaron, etc. Temas todos que están en plena etapa heurística unos y de redacción otros). Para cuando llega en 1555 el primer obispo, el "nuevo estilo de vida" inaugurado en Asunción ya se expande en varias direcciones.

El *Segmento Directo* transcurre entre 1555/56 y 1617. La elección de la fecha final corresponde a la división del Río de la Plata en dos gobernaciones: la del Río de la Plata propiamente dicha y la de la Guayra (o Paraguay) que no hace sino dar estado jurídico a algo que ya había tomado cuerpo a través de los hechos acaecidos a partir de fines del siglo XVI, diríamos a partir de 1580. Hasta este momento la Tradición Cultural Criolla del Nordeste se había expandido, con un contenido cultural si no uniforme, por lo menos sin cambios muy notables. La segunda generación de mancebos tenía ya entre 15 y 16 años y había consolidado ya su estilo de vida propio. Su expansión choca con la del Perú, se crea una nueva provincia, etc. Importa que se sigue eligiendo a las autoridades y que la sociedad y cultura criolla es algo real, con entidad propia. En 1573, se expande hacia el Sud fundando Santa Fe, y luego, en 1580 Buenos Aires.

En el transcurso de este segmento nace el urbanismo, entendido como la ciudad planificada, con reparto de solares y suerte de estancias, trazados a cordel. Es la muestra de algo nuevo. Estos "loteos" un poco condicionados por Garay, favorecen a sus amigos y sostenedores. La estratificación social de estas "ciudades" se complicó rápidamente con la llegada de nuevos contingentes (clérigos, licenciados, comerciantes, monjes mendicantes, hasta algunos ne-

gros esclavos). En Santa Fe primero, y especialmente en Buenos Aires después, un nuevo orden de cosas empieza a adivinarse. Las gentes son distintas. El medio es distinto. La economía empieza a organizarse de manera distinta. Y la relación con el indio es hostil, y atacará constantemente a la "campaña" que ya existe como contrapartida de la "ciudad". El malón —que es de origen blanco, de cuando los blancos salían a castigar (maloquear) y perseguir a los indios— jaquea de norte a sud. Guaycurú arriba, Pampa abajo, son sinónimos de indio. No es solamente pelea por tierra o por ganado. Es ejercicio de un "derecho de conquista", no muy claramente nacido en términos de ley, sino versión española del Derecho Natural, que luego los "ciudadanos" aplicaron a los indios y campesinos sin cuestionárselo nunca, con grave detrimento de la sociedad.

En la mitad norte de este gran nordeste, la tradición seguía su curso, pero a partir de 1609, la entrada en escena de los jesuitas dió nuevo curso a la forma cultural allí vigente. La acción deliberada de poderes eclesiásticos y militares y la doctrina jesuítica respecto del indio, se convirtieron en un agente de cambio de gran envergadura. La región del Paraguay se fue replegando sobre sí misma, adquiriendo su independencia económica y organizando allí un nuevo estado de cosas.

La unidad inicial de la Tradición va camino de una escisión. El segmento Directo se convertirá en un Segmento Divergente que nacerá oficialmente en 1617. La acción de la Compañía de Jesús ha hecho olvidar la acción de otras órdenes, que estamos estudiando. También hemos atacado la "movilidad" de los grupos aborígenes, sus cambios a nivel tribal, la exacta valoración del complejo ecuestre y la segregación que empiezan a institucionalizarse, sino oficialmente, por lo menos en la acción.

El *Segmento Divergente* que se inicia en 1617, implica la apertura de no menos de tres líneas distintas, a partir de la tradición inicial. Primero, el nacimiento de una nueva forma cultural en la llanura de Santa Fe, al Sur, que hemos denominado *Tradición Cultural Criolla de la Pampa* y que trataremos por separado. Segundo, la transformación de la Tradición Cultural Criolla del Nordeste, gestada en Asunción, bajo la acción jesuítica, en la *Tradición Cultural Misionero-Guaraní* que se difundió en una extensa área con características típicamente uniformes. Tercero, la línea cultural inaugurada por los indígenas que volvieron a su vida tribal, luego de haber estado bajo tutela jesuítica, que es imprescindible rehacer para movernos con seguridad en la maraña de información etnográfica más reciente, que ha dejado de lado más de trescientos años de cambio, por no decir cuatrocientos, por carecer de una visión integradora, y del conocimiento de la realidad actual.

9. La *Tradición Cultural Misionero-Guaraní*, nacida como acabamos de plantear, entra en un *Segmento Directo* que se desarrolla uniformemente acelerado hasta 1767, cuando se produce la expulsión. En nuestro país, aunque con poca difusión, reconocemos un *Segmento Reducido* (documentado por Azara) con lo que Palavecino elaboró sus "hortelanos de la llanura" y del Paraguay (Palavecino, 1959). Hoy poco puede rastrearse de lo que fue, más allá de la toponimia y el uso de la lengua guaraní. Los campesinos herederos de ese antiguo patrón cultural fueron luego cubiertos por una oleada de colonos extranjeros, que segregaron a indios y criollos. Pero que, por imposición del medio y de las circunstancias está empezando a organizar una nueva

cultura criolla, como ya insinuamos en el acápite 5. (También la problemática social, política y económica de indios y criollos es objeto de nuestra atención en la parte especial). Especial énfasis hemos dedicado a la "secularización" posterior a la expulsión y a la vuelta al estado tribal, por las consecuencias sobre estudios posteriores de quienes no manejan toda la información; otro tanto hacemos con la transformación de la estancia jesuítica, en la estancia de Corrientes y Santa Fe, que no es lo mismo que la estancia de La Pampa de más al sud; y seguimos la pista del nacimiento de la "ganadería de monte", donde confluyen la Tradición del Noroeste y la del Nordeste, anterior a los meleros (sic) de Alderete Núñez y de Palavecino. Por ahora no diremos más de esta Tradición Misionero-Guaraní. Pero en su oportunidad aplicaremos allí la lente antropológica, única que no ha dado su imagen con ojos argentinos. Ya hay quien está ocupándose de ello.

10. La *Tradición Cultural Criolla de La Pampa* empieza a gestarse a partir del establecimiento de la gente de Garay en Santa Fe primero y en Buenos Aires después. Podemos fijar el comienzo del proceso en 1580. "Abrió puertas a la tierra". Los FACTORES AMBIENTALES jugaron un papel preponderante, condicionando la adaptación ecológica de la forma cultural que venía del Paraguay. La tierra esperaba para roturar y producir, pero resultó mejor aprovechar el elemento no original de ese paisaje: el ganado cimarrón. Los FACTORES BIOLÓGICOS contribuyeron con la capacidad de adaptación de españoles americanos y mancebos de la tierra. Los INHERENTES al propio grupo fueron quizá los más decisivos: habían elegido su destino, venían a empezar otra vida, abiertos al cambio como todo inmigrante. Los SOCIETALES son un poco menos fácilmente detectables, pero la estructura social porteña tuvo fisonomía propia enseguida. DEMOGRAFICAMENTE, si bien no eran muchos, tenían un impulso arrollador.

El *Protosegmento* dura hasta 1617. Los habitantes no eran ni un millar, pero habían aprendido a hacer lo que hacían los indios: usar del ganado cimarrón, aprovechando cuero, grasa y cebo, que podían conservarse. No era ganadería, sino una suerte de economía pastoril *sui generis*. La agricultura no prosperó por falta de indios reducidos, de esclavos, y porque era "oficio de segundones". En estos tiempos nacen los primeros grandes hacendados, los favorecidos por los repartos de Garay. A ellos se sumaron luego los que por favor o por relación fueron "accioneros" y otros que más tarde consiguieron permiso para vaquear. Fueron clase privilegiada, junto con algún comerciante español monopolista, y el alto clero. Fundamental es el puerto que facilitó la vida económica, al dar salida a los primeros "frutos de país". Todo ciudad (?) y puerto. La campaña, casi desierta, que rodea y amenaza con sus indios. Las vaquerías (Lafon, 1969) se extienden con centro en Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos. Para 1617, cuando se crea la Gobernación del Río de la Plata, la Nueva Tradición Cultural ya está configurada.

El *Segmento Directo* dura hasta alrededor de 1780. Las vaquerías signarán el futuro del país. Hay más ganado, pero el consumo interno no lo absorbe y el monopolio conspira contra esa absorción. La población urbana no era mercado. Se lucha por el *libre comercio*. Se abren registros de Vaquerías, luego de autorizar la exportación de cueros. Pero el permiso era para estancieros (los que ya tenían estancias). Nace, crece y se desarrolla el contrabando. Buenos Aires, ciudad y puerto, crece. En 1617, cabeza de Gobernación. Lue-

go, 1773, Ordenanza de Libre Comercio; 1776, Virreynato; en 1778, Aduana. Por esta época, nace una variedad de colonialismo interno, con Buenos Aires primero y con las ciudades del Litoral en el siglo siguiente. Se concreta la dependencia económica del interior frente a Buenos Aires y el Litoral. Pero también nace por ese entonces la dependencia nacional con relación a los consumidores de nuestros productos.

La exageración de las vaqueadas trae más conflictos con los indios, que vaqueaban también, y sobreviene la escasez. Socialmente, el dueño de la tierra era el grupo dominante, junto con los comerciantes poderosos y la jerarquía eclesiástica. Todos los enriquecidos en relación directa con Europa. El Criollo no tuvo papel en la vida urbana. Se quedó afuera. En la campaña. Fue jaqueado primero y segregado después. Hay resistencia al extranjero por parte de quien ve que va diezmando día a día su fruto y su riqueza. La campaña, casi vacía. Siempre se ve al indio bandido, ladrón, asesino, pero el blanco hizo su propio malón a las tolderías muchas veces. A mitad del siglo xvii aparece la mención de "gauchos alzados", sanción de la sociedad ciudadana que practica la segregación contra quien no acató las normas impuestas por los hacendados. Están presentes en este segmento muchos de los genotipos de lo que podríamos llamar el "carácter nacional" de los argentinos, desde el "culto nacional del coraje" hasta el "machismo" que nos dura todavía. Aunque más que, "carácter nacional" se trate de un "carácter regional".

El *Segmento Elaborado* (1780-1880) cubre el tiempo en cuyo transcurso la Tradición se hace más compleja, como consecuencia de la necesidad de un aprovechamiento más racional del ganado, que ensayó, con éxito, la explotación del ganado vacuno como animal doméstico. Recién entonces cobró importancia la productividad del suelo en función del mantenimiento de los animales, y favoreció la significación de la propiedad de la tierra. La nueva forma de producción permaneció en manos de unos pocos propietarios, que explotaron grandes extensiones, con mano de obra escasa. Así nace la *Estancia Colonial* (Giberti, 1964, p. 11). Los hacendados se fortalecen y la situación del habitante de la campaña se altera. El ganado ahora tiene dueño y no se puede así por que sí, aprovechar de él, y servir como peón solo en la época del rodeo. El derecho de propiedad es protegido y empieza un desajuste social que se traduce en la oposición entre los que se "conchaban" de modo estable y los que no lo hacen. Estos son perseguidos por vagos y merodeadores. El personal estable no era mucho y repartía sus tareas entre la vigilancia del ganado —cercado por zanjas o cercos de espinas— y un embrionario aprovechamiento industrial que, además del cuero, usaba de la grasa y el cebo por ebullición. La agricultura, en plano secundario. Para "gente de a pie".

Pero la carne no se puede conservar. Comerciantes ingleses interesaron a los productores en la salazón de carnes y de allí derivan dos consecuencias de importancia. La primera, la renovación de las luchas por el libre comercio; la segunda, la expansión de la frontera, para ir a buscar la sal. La lucha con el indio fue cada vez más intensa y hubo necesidad de una primera línea de fortines, establecida después de la creación del Virreynato, al norte del Salado (1778).

Las siguiente forma económica de este segmento es el saladero, que deriva de la Estancia Colonial, así, como ésta derivó de la vieja vaquería. Se valoriza el ganado de la estancia y nuestra carne entra en el mercado interna-

cional. Los estancieros se hicieron más fuertes y rompieron el monopolio de las *tabladas* de Buenos Aires. Hubo mucha resistencia (por ejemplo, Pueyrredón en 1817) pero los saladeros no estaban solo en Buenos Aires, sino a lo largo de la Mesopotamia y en la Banda Oriental. No es por casualidad que 1820 es un año clave de la historia nuestra. Se instaura concretamente la hegemonía económica de Buenos Aires, y comienza su hegemonía política, sostenida por la milicia de campaña, bien organizada, frente a los caudillos. Por aquí, un año más o año menos, suele empezar a hablarse de la "oligarquía" porteña. Ya volveremos sobre esos conceptos. La vinculación saladero-estancia como factor de cambio es enorme. La estancia se disciplina, se convierte en un centro de producción y es fundamental en el primer paso de la comercialización. Hay peones asalariados, se persigue a los que no tiene conchabo y nace una organizada máquina policial y judicial de neto carácter represivo, que se perfeccionará durante el federalismo porteño sobre la base del conisario y juez de paz, en estricto control político, que muchos de la generación del que escribe, hemos visto funcionar hasta en la década del 40, por lo menos en la provincia de Buenos Aires.

La agricultura no significaba mucho, hubo intentos de colonización, fallidos. Aparecen los campos de invernada en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, y después de 1810, tímidamente, la explotación del ganado lanar, en estancias cercanas a la Capital. En la campaña la vida mejora bastante, dependiendo de una economía de mercado. No fue autosuficiente. Todo venía de otro lado; o del interior, de Córdoba o Catamarca, o se cambiaba con los indios; o venía del exterior a través de Buenos Aires. En el rancho, se mezcla lo autóctono con lo importado. Solo la artesanía del cuero adquiere importancia, pero de corte suntuario. Buena parte de los aperos venían, como los cuchillos, de Sheffield o de Toledo. Es entre fines del siglo XVIII y primera mitad de XIX adonde debe ubicarse la información de Azara, no para caracterizar la vieja vaquería del siglo XVII.

El habitante de la campaña tiene dos caras. Uno, perseguido por vago y merodeador ("gaucho alzado", etc.), que no se sometió al régimen que se iba consolidando. Otro, es campesino, tan gaucho como el otro, asalariado, dominado por una organización político-jurídica, fiel hasta la muerte a su patrón, servicial, atento, comunicativo, corajudo, hábil en los siete oficios. El otro habitante, el indio no está tan cerca como antes, pero cuando no pelea en la frontera, incursiona violentamente hasta las puertas de la ciudad. Y en la ciudad está el patrón, hombre de campo y de a caballo, y también de salón.

En la ciudad hay, además, extranjeros, que en un principio no alteraron la estructura de la sociedad. Importa destacar que después de 1810 y del Primer Triunvirato, recién su afluencia afectó los altos niveles de la sociedad porteña, sin contar con los que vinieron como invasores en 1806 y 1807 y quedaron afincados desde entonces. Gozan de un status especial: están exentos de levas, decomisos y exacciones que sufrían los nativos. Esta situación vale casi únicamente para el inglés, porque el comerciante español, o tuvo que huir o vegetó marginado. Es la época en que el inglés es el extranjero por antonomasia. Sin embargo, en 1825 se ensaya traer a inmigrantes seleccionados desde Gran Bretaña en primer lugar, que no tuvo éxito.

Para el primer Gobierno de Rosas, algunos extranjeros eran hacendados. Y esto ocasionó cambios en la campaña también, porque trasladaron a su es-

tancia el estilo de vida ciudadano, en confort y edificación, en lo que fueron imitados por no pocos hacendados argentinos, que alzaron casas de estilo inglés o verdaderos castillos, en plena pampa. Es en este momento del proceso —el segmento elaborado de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa— que empezamos a dar la espalda al país naciente y que nace el cuento de “lo importado” (¿o complejo de inferioridad?) (Lafon 1969, p. 156–60).

La tierra sigue siendo para el que ya la tenía o tiene dinero para comprarla. La enfiteusis fue un espejismo. Favor político, lazos de sangre y persecución de adversarios, presiden el reparto o la donación de tierras públicas. Para 1840 no más de trescientas personas poseían tres mil quinientas leguas (no hectáreas) de tierra. Y muchos de ellas eran extranjeras (Gori, 1964, Cap. I a IV). El sector económico también se complica. Buenos Aires creció y se enriqueció. Siempre mirando a Europa. Consiguió vencer al Monopolio, tan combatido. Pero, ¿a qué precio? La decadencia y ruina de un interior floreciente. El libre comercio inundó de productos extranjeros al interior y a la ciudad en competencia desleal que impidió el desarrollo primero, y que luego arruinó a la producción local, con el consiguiente enriquecimiento del “intermediario”, la ciudad y puerto de Buenos Aires. De este choque con la Tradición Cultural Criolla del Noroeste, que también discurría por la mejor época de su segmento elaborado, nace el predominio de Buenos Aires, sobre el interior, que más tarde será el predominio del “litoral” sobre el interior, que más que predominio es una forma de colonialismo interno, como ya adelantamos.

Este predominio se hace más notorio después de 1852, con el aumento de la explotación del ganado ovino y los primeros ensayos de colonias agrícolas que empiezan a gestarse, que culminarán en la Revolución Agrícola (Lafon, 1969, p. 160–61). La oveja intensificó el uso de la tierra y atrajo inmigrantes. Los campos de pastoreo se alejan cada vez más. Se creó la necesidad de los ferrocarriles y la demanda de brazos. La única solución fue la colonización agrícola por inmigrantes. El proceso no fue fácil (ver Gori 1964). Pero para 1870, ya se exportaba trigo desde Santa Fe. Entretanto el corazón de la Pampa tuvo que esperar a la unificación política después de la Conquista del Desierto (1880). La expansión de la cría de ovinos, los cultivos anuales en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, los ensayos exitosos de colonización, el llamado a la inmigración, la ampliación de los ferrocarriles, la Conquista del Desierto, la estabilidad política (?) de Roca, el crecimiento de la agricultura, entronizan una economía agrícola-pastoril dependiente. Es que se anuncia un cambio de época. Va a iniciarse la “época de las vacas gordas”. Empezamos a ser “el país del futuro”. Pero, según nuestro esquema, es que termina el segmento elaborado y entramos en un *segmento convergente*. Momento en que la Tradición Cultural Criolla de la Pampa absorberá una marea europea tan heterogénea y numerosa, que afectará tanto la forma cultural preexistente, que sólo así se entiende la denominación de Pampa Gringa que usamos en otra oportunidad (Lafon. 1969).

Acontecimientos anteriores habían alterado, en proporción distinta, la estructura original sin alcanzar a transformarla. La reforma eclesiástica de 1822, con sus disposiciones tan aparentemente radicales, no tuvo tanta resistencia como la tuvieron medidas posteriores. Lo mismo ocurrió con la secesión (1825) del Alto Perú o la Ley de Aduanas, cuya trascendencia fue más localizada.

Dentro del segmento que finaliza en 1880 se produce un fenómeno que contribuye a explicar el proceso que desarrollaba contemporáneamente el noroeste. El nacimiento de las provincias, que responde a la determinación de las áreas sobre las cuales ejercían su influencia las viejas ciudades fundadas en el siglo XVI, sin uniformar planificación que tuviera en cuenta recursos o posibilidades, y sin responder a plan político alguno. Desde el principio hubo provincias prósperas y otras que no lo eran, pero todas participaron de la oposición al centralismo porteño. En 1813, la Asamblea separó a Cuyo de Córdoba e hizo de Mendoza su Capital. Entre Enero y Julio de 1820, declararon su autonomía San Juan, San Luis y Mendoza. En 1814, el Director Gervasio A. de Posadas dividió a la Intendencia de Salta en dos: Salta y Tucumán, por un lado, y Catamarca y Santiago del Estero por otro. Santiago se separó en 1820 y contemporáneamente Tucumán. Catamarca se hizo autónoma en 1821. Jujuy se separó de Salta recién en 1834. Todas aspiraban a ser tratadas en pie de igualdad, de "confederación", pero ningún gobierno así lo entendió, tomando cuerpo cada vez más seriamente la oposición Capital-Interior. También en el resto del país nació primero la ciudad, y la campaña estaba para servirla.

El *Segmento Convergente* se inicia en 1880. Los "signos de los tiempos" se fueron acumulando, lentamente de principio y aceleradamente en las décadas posteriores a la organización nacional. Hemos tomado como límite el año 1880, porque se inicia allí una época de cierta estabilidad: termina la Campaña del Desierto y la corriente migratoria —consecuencia de la Ley de Inmigración, sancionada en 1876— empieza a hacer sentir sus efectos; y porque desde ese año el país cuenta con su Capital definitiva. Consideramos que este período que se inicia en 1880 y termina en 1941 es un Segmento Convergente porque durante su desarrollo la vieja Tradición Cultural Criolla de la Pampa sufre el impacto de una gigantesca oleada de inmigrantes europeos, principalmente italianos y españoles, y en número menor, franceses y alemanes, que van a dar un barniz "gringo" a la llanura pampeana y al sud de la Mesopotamia, con su bagaje cultural campesino, iletrado en su mayoría, destinado a tener hondas repercusiones, tanto en la ciudad como en la campaña. Esto sumado a la acción de las élites ciudadanas dirigentes que vivían mirando a Europa, darán una fisonomía especial al país situado al este de la isohieta de los 500 mm. No en vano ha sido llamada la Pampa Gringa. El criollismo (ver acápite 3) se ve penetrado y afectado por normas y valores que lo atacan por todos sus flancos y se refugian en zonas marginales, tanto de la campaña como de la ciudad (arrabales vecinos a tabladas y mataderos). La criolidad lucha por sobrevivir, tal como se refleja en la literatura popular, oral o escrita. La criollicidad parece disminuir. Pero los hijos de estos gringos, desde la primera generación, absorberán los principios básicos de la nacionalidad ya modelados y le darán un sello nuevo. Pese al apellido gringo, ellos pondrán en marcha al nuevo país que todavía no hemos modelado.

El cambio que se anunciaba años atrás toma cuerpo rápidamente. La economía agrícola-pastoril dependiente se consolida de tal modo que parece que no se detendrá en su ascenso, sostenida por un aumento en la facilidad de transporte (ferrocarriles) y de las comunicaciones. Todo confluye a Buenos Aires y a los puertos del Litoral. El país (la Pampa Húmeda, la Pampa Gringa) depende del exterior. Y el interior depende de Buenos Aires, de Rosario y de

Santa Fe. El Litoral se enriquece y el interior vegeta y se empobrece cada día que pasa.

Socialmente se producen grandes transformaciones, no pocas de ellas impulsadas por la llamada "oligarquía liberal", que sucedió al "liberalismo ilustrado". Las frases que hemos encomillado, incorporadas al léxico corriente de muchos historiadores, trasuntan, a su vez, el "europeísmo" de los intelectuales que hacían y hacen nuestra historia. Se inició un proceso de secularización que produjo hondas divisiones entre los políticos de la época y dieron lugar a grandes polémicas, favorecido como fue por la Ley de Educación Común y la Ley de Matrimonio y Registro Civil, sancionada durante la presidencia de Roca. Al mismo tiempo, esta secularización fue favorecida por la actitud de buena parte de los inmigrantes y no pocos locales que hicieron de los bienes materiales y de la riqueza la única preocupación de su vida. La composición de la sociedad urbana empezó a complicarse por el nacimiento y el crecimiento de un proletariado urbano que empezó a clamar por sus reivindicaciones, bajo la inspiración de inmigrantes que importaron las primeras ideas socialistas y anarquistas. En la campaña, la realidad es otra. Los propietarios son pocos. Los medieros, colonos y arrendatarios son más. Y más todavía los peones de la cosecha, los cultivadores de alfalfa para invernadas y los que cuidaban ganados a campo y a galpón. No llegaron allí los avances de la ciudad. La explotación de criollos e inmigrantes era la ley vigente. La clase alta de Buenos Aires miraba a Europa; soñaba con ir a París y construía sus mansiones en estilo europeo. Y los hacendados y terratenientes, construían palacios versallescos o castillos en los cascos de sus estancias, al frente de las cuales pusieron luego un mayordomo inglés, mientras sus hijos eran educados por institutrices francesas o inglesas.

Políticamente hubo una serie de acuerdos y desacuerdos entre las fracciones militantes pero su trascendencia nunca alcanzó a las grandes masas porque la decisión, pese al sistema electivo, siempre o casi siempre le fue ajena. La llamada desde entonces *Política criolla* tuvo su época de mayor esplendor. En la ciudad, en manos de la élite que detentaba el poder ayudada por los caudillos de parroquia y de comité; en el campo, en manos de comisarios y jueces de paz, que servían al señor de turno. La ley electoral, sancionada en 1912, con sufragio secreto, libre, individual y obligatorio, por el sistema de lista incompleta, pareció que iba a ser el remedio para romper con la permanencia en el poder de lo que ya, para 1915 ó 1916 empezó a llamarse "el régimen". Con la elección de Hipólito Irigoyen, llegó al poder por vez primera la clase media, con apoyo popular, pero junto con ellos hubo representantes de los hacendados y nombres vinculados con la poderosa riqueza agropecuaria. Intentó sentar una política estatista nacional y antiliberal, pero no duró mucho. La revolución de 1930 —coincidente con la grave crisis mundial— fue seguida por gobiernos que no contaron con el apoyo popular, que instauraron el *fraude patriótico*, acentuando cada vez más la dependencia en el marco económico. Un nuevo movimiento producido en junio de 1943, culminó en 1946 con la instauración de un nuevo régimen constitucional. Los años que van desde 1942 hasta 1946 marcan un período preparatorio para la inauguración de una nueva manera política y social para gobernar, de la que trataremos más adelante.

Culturalmente, después del gran impulso dado a la Educación Común por Sarmiento (Escuelas Normales) y a la Enseñanza Media (Colegios Naciona-

les) por Mitre, no se produjeron mayores cambios. La enseñanza secundaria y la enseñanza universitaria fueron inundadas y penetradas por un enciclopedismo europeo alejado de la realidad y por un exclusivismo irritante, cada una en su nivel respectivo, tan dependiente intelectualmente como dependiente era la mayor parte de la economía nacional. Abogado, médico o ingeniero eran las carreras favoritas. Las carreras técnicas especializadas casi no contaban, Las Humanidades eran cultivadas como adorno. En la enseñanza secundaria el docente profesional casi no existía. La cátedra "vestía" y servía de complemento al profesional, cuando no de pago o de favor para el correligionario. Las agitaciones estudiantiles, contemporáneas de la primera guerra, culminaron con la Reforma Universitaria que facilitó el acceso de profesores y alumnos al gobierno de las altas casas de estudios. No fue tampoco la solución. No estaban preparados ni unos ni otros. Fallaron más los hombres que el sistema. La propia institución no estaba al servicio del país. Los problemas siguen todavía hoy porque no produjo —por aquella circunstancia— los líderes que el país necesitaba, sino por el contrario, profesionales preparados para continuar el statu quo. En el campo de lo que llamamos "demografía Cultural" se refleja con mayor claridad la razón por la cual consideramos a este segmento un Segmento Convergente. En 1869, hay 211.000 extranjeros sobre poco más de un millón y medio de habitantes; 5.400 propietarios y 8.600 estancieros y agricultores. En 1884, el Departamento General de Inmigración anotó la entrada de 240.000 extranjeros, amparados en la Ley de 1876. Para el tercer censo, en 1914, sobre casi ocho millones de habitantes, poco menos de la tercera parte eran extranjeros. La ciudad prevalece sobre el campo. Buenos Aires sobre el Interior. El Litoral sobre lo mediterráneo. El país está en la Pampa Gringa. La Argentina del Centenario, sí que superada, quedó como una imagen perdurable. El país lleno de futuro y lleno de pasado. La Atenas del Plata. La Gran Capital del Sur. Con eso nos manteníamos, Eramos el granero del mundo. Teníamos los mejores bifes del mundo. Económicamente, hasta la crisis del 29/30, parecía que éramos cada vez más fuertes. Claro, a partir de 1876, que llegó el primer barco frigorífico, LE FRIGORIFIQUE, que mantenía la carne a 0°C y de 1877, cuando llegó LE PARAGUAY, que llevó la carne a -30°C, se abrió un nuevo mercado: chilled beef, al ser perfeccionado el sistema por los ingleses. Pero el nuevo y grandioso mercado condicionó la producción y llegó a instalar sus propios frigoríficos, absorbiendo a la industria local o aniquilándola directamente. Basta con ver (todavía hoy) las instalaciones portuarias y factorías en ruinas de nuestra mesopotamia meridional y de la orilla uruguaya para ver los resultados. Fábricas, molinos, elevadores, ferrocarriles, en manos de capitales extranjeros en su mayor parte, a lo largo de la Pampa Gringa. En la Capital, transportes, tranvías, subterráneos, gas, electricidad, teléfonos. Otro tanto en las ciudades importantes del Litoral.

En el campo, además de los grandes propietarios de siempre están los chacareros, muchos de los cuales son gringos. Alambrado y cerco por todas partes. La revolución agrícola triunfó, aunque el predominio quedó en manos de los hacendados. El *criollismo* se refugia para los años 30, en la cocina de los peones. Décimas y relatos añoran el tiempo de antes, cuando no, cuentos de fogón. En medios cultos hay ensayos fallidos de restauración nacionalista, (Ricardo Rojas). Cierta poesía elaborada canta al campo o a la Conquista del Desierto (F. Silva Valdez, Cavilla Sinclair). Ciertas melodías acompañan recuer-

dos (La Tapera o Los últimos gauchos) o dan testimonio del tiempo nuevo ("patrones que en auto van a los rodeos"). Teatro, sainete, tango, expresan la situación en la ciudad. Exportamos "le tangó", que llevaron a París los hijos de las familias porteñas de clase alta y luego los artistas en busca de su consagración. También el mate, que con el bife, son nuestros símbolos nacionales para el extranjero. En la tenencia de la tierra pueden observarse algunas diferencias que permiten distinguir dos sistemas predominantes, con distinta localización geográfica. Uno de ellos, en la mitad norte, del paralelo 34 para arriba, en la que, junto a los terratenientes, están las colonias agrícolas fuertes, en Entre Ríos, Santa Fe y luego en Chaco y Misiones, ya fuera de nuestro ámbito. En la mitad sud, casi no prosperaron las colonias agrícolas. Pudieron más los hacendados, propietarios de latifundios, y los que fueron favorecidos discriminadamente con el territorio sacado a los indios. El estilo de vida tradicional ha cambiado tanto que cuesta reconocerlo, pero sus valores subyacen. El movimiento de reacción se producirá luego de la gran crisis siguiente al año 29/30. La década del cuarenta será decisiva. Algunos ensayos de industrialización, la construcción de rutas pavimentadas, aunque casi siempre paralelas al ferrocarril, la aparición de los camiones, el auge de la radiotelefonía y del periodismo escrito, desencadenarán un proceso que tendrá su concomitante político en la reacción contra la política de la "década infame". La historia de los partidos políticos, en detalle, será muy ilustrativa, cuando la hagamos sin "parti-pris".

La integración social y cultural del "campo" o de "la campaña", seguía demorada. Predominaba el contraste agudo entre ciudad y campaña; entre litoral e interior. Buenos Aires, ciudad y puerto, había crecido desmesuradamente, rodeada por círculos concéntricos de ciudades menores que, a su vez, funcionaban como la Metrópolis, que crecía cada vez más, se cosmopolizaba y miraba cada vez más a Europa. Del viejo estilo de vida quedaron solo islotes perdidos en la inmensa llanura, determinados por su posición geográfica o por haber quedado a trasmano del tendido condicionado de las vías de comunicación, ferrocarriles primero, rutas pavimentadas después; o en las barrancas del Paraná o en sus islas; en el ángulo sudeste de la provincia de Buenos Aires, desde el viejo pago de la Magdalena al sud hasta General Conesa o General Lavalle, y más allá, en General Madariaga y zonas aledañas. Sin contar con los "pueblos dormidos" que vegetan a la vera de la red ferroviaria (como Juárez, Vela y tantos otros) que conocieron épocas de un rico esplendor y que han sido absorbidos por la gran ciudad, a la que se accede velozmente en un día o unas horas. Pero, con todo, el nivel de vida del campesino del país al este de la isohieta de 500 mm. es superior al del resto del territorio.

El retroceso fue haciéndose visible cada vez con mayor crudeza cuando las condiciones de vida del campo se hicieron más difíciles. Nacieron las "áreas de deterioro", como suelen llamarlas los sociólogos, por fuera de "las orillas" de las ciudades y pueblos del interior. Son las primeras rancherías, el "otro lado de la vía", el "otro lado del arroyo", donde anclaron carreros, chateros, reseros, domadores, aradores en fin, gente de los "siete oficios" del paisano, que vivían de la changa a la espera de la cosecha o de la arada. No pocos de ellos fueron periódicamente obreros municipales, protegidos por el caudillo local. Algunos se hicieron linyeras. En la Metrópolis, quedaron en el suburbio. En el Bajo Belgrano, en la vecindades del Hipódromo. En Mataderos, por razones obvias, lo mismo que en Barracas y en Avellaneda, o en Puente Alsina o en el

Bañado de Flores. Toda una zona de contacto en la que conviven "pago y suburbio", glorificada en tangos y sainetes a los que se sumaba el elemento gringo. No son las villas de la década del cincuenta, pero son un producto del mal que avanza. El primer gran llamado de atención no interpretado, fue Puerto Nuevo. El arrabal, en el que se refugiaba mucho del criollismo huido del campo a la ciudad, pero que no cuajó en ella, que ya había dejado de ser la Gran Aldea, se convirtió, por oposición, en el *Leit motiv* de lo que luego se dió en llamar "la música ciudadana". Los personajes allí se delinearon, dieron motivo a literatos y poetas de distinto cuño, desde Celedonio Flores a Jorge Luis Borges en sus primeros pasos. Todavía hoy campean por los medios de difusión corrientes, navegando contra viento y marea, porque añoran una imagen que ya nadie —o muy pocos— recuerda, y se extinguirán sin remedio. La década del cuarenta terminó con ellos. Van detrás —atrasados, claro está— de "El último organito" que tan bien cantara Homero Manzi, o pretenden sobrevivir en medio ajeno resucitando vocabularios ya perimidos o buceando con alarde erudito en el lunfardo que ya pocos dominan.

La profesionalización de las Fuerzas Armadas se concretó mediante una adecuada legislación especialmente a partir de la presidencia del General Roca. Esta profesionalización respondió a una política planificada, en cuanto fueron esas Fuerzas Armadas las que iban a sostener a la Nación (la Sociedad Nacional, con una economía basada en lo internacional, o como decíamos antes, dependiente). En la década del 80 ya el Ejército estaba estrechamente vinculado con la economía, con el desarrollo y la política del país, y la disposición y tenencia de la tierra pública, y esta vinculación proseguirá su curso. Pero hay, para fines del siglo pasado, un Ejército Nacional, con oficiales de carrera, al que han tenido acceso los hijos de inmigrantes y se ha fortalecido con la ley del servicio militar obligatorio. Claro que también estas Fuerzas Armadas, la legislación a ellas referida y buena parte de sus ordenanzas y reglamentos internos seguirán el modelo europeo. El papel de las Fuerzas Armadas en la Sociedad Nacional está planteado y fue juzgado desde mucho antes de su profesionalización. Sin contar la intervención en los sucesos de Mayo de 1810, los grupos de oficiales, desde la Logia Lautaro, hasta el G.O.U., pasando por la "Logia de los 33" de la revolución del 90 y sin olvidar al Dragón Verde, participan activamente en la vida política del país. Y también de la vida económica. Su gravitación ha ido "in crescendo" desde 1890 en adelante. La revolución de 1930 corporiza la primera intervención contra el orden constitucional que se repite en 1943, en 1955, en 1963 y 1966 hasta llegar a nuestro días. La significación del Ejército como factor de cambio merece un estudio crítico, menudo y desapasionado. Porque también, mucho ha tenido que ver con el desarrollo industrial y técnico de la Nación.

La acción del movimiento obrero empieza a concretarse activamente allá por 1872, cuando inmigrantes franceses fueron una sección local de la Asociación Internacional de Trabajadores, a la que adhirieron obreros italianos y españoles, procesados todos, poco después, por asociación ilícita, casi en los mismos días en que se fundaba el Club Industrial (luego Unión Industrial). En 1878 se funda la Unión Tipográfica, a la que siguieron otras asociaciones, destinadas muchas a larga actividad, como la Fraternidad (1887). Ideas políticas dispares, alcanzan niveles combativos acentuados a través de las organizaciones, que seguirán durante mucho tiempo los patrones (modelos) europeos. Ha-

brá anarquistas, luego socialistas, más tarde comunistas que intentan tomar las riendas a veces apoyados, otras apoyándose en los movimientos estudiantiles, luchando "contra los patrones" o gritando slogans izquierdizantes, en las calles de Buenos Aires o en alguno de los pocos centros industriales. Hubo acontecimientos gravísimos, como el atentado que costó la vida al Coronel Falcón, o la dura represión de la Semana Trágica, pero sin la trascendencia que debieron tener. Tampoco, todavía, en ese orden de cosas se militaba en términos nacionales. Una exégesis menuda y desapasionada del movimiento obrero será de gran utilidad para apreciar su contribución al cambio social y cultural que perseguimos, intentando aproximarnos a su comprensión. Recién en 1924, con la oposición anarquista, se crea la Central Unica.

En los años que cubren este Segmento y el anterior, tuvieron lugar una serie de acontecimientos de trascendencia fundamental para la vida institucional de la Nación. El 25 de Mayo de 1810, la Asamblea del año 13, el 9 de Julio de 1816, los distintos ensayos para lograr una Constitución, la Anarquía, hasta llegar a la Constitución de 1853, símbolo de la Organización Nacional. Aún a riesgo de ser calificados como poco expertos en la venerable ciencia de la Historia, con la dimensión con que tratamos de encarar nuestra aproximación al proceso total del cambio y con ángulo de enfoque antropológico, estimamos que la trascendencia de tales hechos cambia de acento. El "ser nacional" entendido como algo que todavía no existe en plenitud, que tanto preocupa a sociólogos, a historiadores sociales, ensayistas, ideólogos y políticos no tiene una partida de nacimiento que pueda encontrarse en los archivos, ni puede reducirse a una fecha precisa, ni a un decreto, ni una ley, ni es patrimonio de una clase o de un grupo determinado. Es el resultado de un largo y complicado proceso que trasciende el marco de la cartilla histórica, de la historia de los Manuales, de la Historia erudita y aún de muchas de las grandes monografías especializadas, así como escapan al ámbito de la historia político-militar que todavía se enseña en nuestras aulas. Ese "ser nacional" no es tampoco patrimonio exclusivo de un área geográfica especial de la República, con centro en Buenos Aires, a la que han pertenecido y pertenecen la gran mayoría de los que han escrito (o escriben) la historia. Máxime si pensamos que, desde sus orígenes, está estrechamente vinculada con el "ser nacional" de lo que luego serán otras tantas individualidades, como el Uruguay, Chile, Paraguay y Bolivia, y que muchos de los integrantes de nuestras galerías de próceres hablaron, actuaron y pensaron en términos de Hispanoamérica. La característica más definitoria de este segmento que se extiende desde 1880 hasta 1942 es el espíritu europeizante que cubre todos los ámbitos que responden al predominio porteño, campo de acción, a su vez, en manos de la gente culta o imbuída de un progresismo avasallador. Esta clase culta tenía a menos todo aquello que no era civilizado (europeo). Lo demás, era bárbaro; bárbaros eran el indio, el criollo, el gaucho, el campesino. Bajo el signo del liberalismo europeo importado no se buscó el progreso adentro, sino afuera. Y así fuimos hipotecando el futuro, tanto que ahora los intereses son más que el préstamo que obtuvimos. El climax de esta dependencia corresponde a la década del 30. Clase culta, oligarquía liberal, oligarquía paternalista (el régimen) son términos comunes a historiadores, sociólogos y políticos que han abordado el tema, pero todos ellos están fuertemente cargados de connotaciones diversas que no contribuyen precisamente a clarificar el problema. A partir de principios de siglo —es decir, en pleno Seg-

mento Convergente de nuestra Tradición Cultural Criolla de la Pampa— se hace de uso frecuente el término *oligarquía*, con una potente carga ideológica. Es el momento en que los intelectuales empiezan a ocuparse del devenir nacional.

Oligarquía, con ese contenido, es algo no muy concreto, que incluye la “vieja sociedad”, la “Sociedad tradicional”, el “régimen”, culpable de todos los males que aquejan al país. Sus integrantes son retrógrados, al servicio del extranjero, reaccionarios, violentos, arbitrarios, injustos, imperialistas, ricos, poco numerosos que no quieren el progreso y que están lejos de las tradiciones vivas. Entre nosotros comienza a utilizarse en 1890 cuando se explicitan con las primeras exigencias de reivindicaciones políticas, continúa cuando las protestas por la arbitrariedad; se hace más fuerte con la intervención del socialismo, pese a lo cual se advierte en quienes lo utilizan una cierta propensión hacia el estatismo, cuando no (y esto es más claro) una orientación nacionalista en su variedad criolla (los que sueñan con la restauración del Virreynato del Río de la Plata) o los admiradores de los modelos fascistas o hitlerianos. Este es un fenómeno que tipifica a los momentos de modernización y cambio tecnológico. Por eso es que la mayor virulencia anti-oligárquica, se da a partir de 1945. En otros campos, en lugar de “oligarquía” se habla de una “burguesía nacional” y aún, sin mucha precisión, de una “oligarquía terrateniente”.

Esta terminología inunda todos los niveles de la sociedad y se utiliza indiscriminadamente. Por eso nos ponemos en guardia. ¿No será esto un esquema puramente intelectual, elaborado por intelectuales, que se han visto frente a fenómenos *nuevos* en el país y los enfrentan como si fueran algo extraño, como enfrentan o comentan lo que ocurre en otros lugares del mundo? Porque esta noción de oligarquía tuvo una curva ascendente en su índice de popularidad que llegó al climax en la década del 50. En ese mismo orden de cosas se exige “compromiso político”, a lo que se resisten muchos científicos (aún científicos sociales) sin pensar que están respondiendo a la concepción de ciencia del positivismo finisecular; y muchos técnicos, que tienen ya la imagen de una tecnocracia dominante como superestructura social. Esta noción de oligarquía se nos ocurre puramente ideológica, que nació, creció y se consolidó satisfaciendo una necesidad intelectual y sobre todo, afectiva. Cumplía una función. Del mismo modo que después se dijo “intelligentzia” y hoy se dice “stablishment”. Detrás de todo esto, todavía está el modelo europeo, y hay ecos de su fundamentación. Se adivina al liberalismo, cuando se exige el estado de derecho; al positivismo, nuevo o viejo, cuando se grita en nombre del desarrollo y el progreso; y al marxismo cuando se habla de “burguesía nacional” y se marcha contra el imperialismo. Todavía estamos con eso, y ¡no falta quien mire al modelo brasileño o al peruano, o sueña con el Chile de hoy!. Siempre miramos afuera. O proponemos soluciones teóricas. Reflexiones como éstas son las que nos han movido a encarar la elaboración de un modelo para estudiar el cambio cultural en casa, como una de las vías de acceso para poder captar el “ser nacional” no como algo estático, sino como una “realidad nacional” cambiante, según el tiempo y el lugar. Y según los hombres. Y esto implica vivir hoy, conocer el país y conocer a sus hombres. Nada fácil. Pero hay que hacerlo. Con esta afirmación no basta, porque existe el peligro de caer en la trampa de la teoría, de la ideología, de lo ajeno, y seguimos como vamos. Clamamos por las villas mi-

sería, jugamos a los antropólogos y a los revolucionarios aquí, a un paso de Plaza de Mayo. Pero el problema está en el lugar de origen de los villeros (así los llaman los antropólogos ciudadanos, con un tono que todavía recuerda en algo a aquello de "bárbaros", "salvajes", "primitivos", "extrañados", etc.). Así lo dijo ya hace una década un licenciado en Antropología (Santiago Bilbao), uno de los pocos que fue al interior (no al exterior). Y para terminar este párrafo que no es disgresión, sino confirmación, de lo que declaramos en los primeros acápites de este trabajo, estimamos que el espíritu extranjerizante todavía priva en la mayoría de los intelectuales. No en vano la "beca" externa es una institución nacional. Ser socio del Club de Ex-Becarios es como usar el turbante verde que distinguía al creyente que había ido a la Meca.

En aras de la intelectualidad (¿populista?) se exige ese compromiso político, y el compromiso se plantea en su dimensión ecuménica, cuando ese compromiso político no se ha tomado a nivel nacional. Se habla de la liberación, también a nivel ecuménico, cuando no se ha logrado la liberación a nivel nacional, ni se sabe muy bien la liberación de qué es la que se busca. Y se habla de la Antropología imperialista o colonialista. Todavía no hemos hecho una Antropología Argentina y ya se quiere una Antropología comprometida. Palabras, conceptos, razonamientos demasiado elaborados. Demasiado pensados. Como si se tratara de acomodar la realidad a un esquema. ¡Cuidado! Que por esa vía, también volvemos a caer en la misma sima.

Como para expresar mi pensamiento, haré una cita de Sartre, cambiando sólo dos términos: "literatura" por "antropología" y "colectividad" por "nación". *"Recuerdo, en efecto, en la "literatura comprometida", el compromiso no debe en modo alguno, inducir a que se olvide la literatura, y que nuestra finalidad debe estribar tanto en servir a la literatura infundiéndole una sangre nueva como en servir a la colectividad tratando de darle la literatura que le conviene"* (Sartre, Jean Paul. ¿Qué es la literatura? Bs. As., Losada, 1969, pág. 25 in fine). Por el momento, estamos intentando iniciar una Antropología Nacional, no dependiente, empezando por ensayar la elaboración de nuestro propio modelo. Que es COMPROMETIDO CON NUESTRO PAÍS. La línea europeizante y dependiente continuó su derrotero hasta empezada la década del cuarenta, ya con Europa envuelta en la Segunda Guerra Mundial, a lo que se suma en 1941 la entrada de Estados Unidos en la contienda. Nuestro país, gobernado entonces por el Presidente Ramón S. Castillo, sucesor de Roberto M. Ortiz, mantuvo una neutralidad estricta. Como era de esperar, la situación europea repercutió en la economía nacional y bajo la inspiración directa del Presidente, el Gobierno cambia de rumbo apartándose de la orientación liberal predominante, tomando una serie de medidas que miraban hacia la protección del patrimonio nacional. Se creó la Flota Mercante del Estado, apoyó el desarrollo de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, persiguió a la especulación, hizo que se iniciaran los cateos para la explotación de carbón mineral y dió a entender que se pensaba en la nacionalización de los servicios públicos. Corría el año 1942 y con esta perspectiva, hacemos empezar ahí un nuevo segmento de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa.

El *Segmento Recuperatorio* que se inicia en 1942, representa un ensayo de regresar hacia una protección de los valores materiales y espirituales que presidieron los comienzos de la nacionalidad en la esfera de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa, bajo el contralor oficial del Estado Argentino. La reacción

no se hizo esperar. Una división tajante entre los que apoyaron esas medidas civiles y militares y buen número de integrantes de la ciudadanía no militante, y los partidarios de la continuidad del sistema liberal. Allí nacen "nazi-fascistas" y "democráticos", vistos a la luz del conflicto europeo, que presidía nuestro acontecer político. Pudieron más los compromisos previos y la presión liberal que las buenas intenciones del presidente Castillo, que apoyó finalmente la candidatura oficial de su sucesor, representante conspicuo del grupo que más bregaba por la orientación liberal, el fraude electoral y la dependencia económica. Se produce así el movimiento revolucionario de 1943, nacido totalmente en el ámbito castrense, sin compromisos políticos declarados con ninguno de los partidos existentes. Se inició así una experiencia distinta de la iniciada en el año 30, aunque los postulados, actualizados, no diferían mucho de aquellos. Se trataba de "impedir el fraude electoral", montado para seguir con la orientación liberal, en "defensa de los sagrados intereses de la Patria".

Los años que corren entre 1943 y 1945 fueron testigos de una serie de acontecimientos que conmovieron profundamente por primera vez en los anales de la historia argentina, al país todo, y no solo al país al este de la isohieta de los 500 mm., si bien los hechos decisivos tuvieron lugar en la Capital Federal. La revolución de 1943 fue algo nuevo, tan nuevo que no tenía una política pensada. En sus comienzos respondió a una orientación nacionalista y cuasi clerical; no tenía mucho apoyo popular y tampoco pareció tener simpatía con los obreros. Dió además muestras claras de desorientación, por cuanto no tenía —para decirlo con palabras muy de la época— una plataforma política establecida, ni tampoco experiencia para gobernar. Si a esto agregamos que la situación europea se vivía al minuto y que los ideólogos plantearon rápidamente una opción elaborada como fue "totalitarismo" o "democracia" se entenderá la confusión de los primeros momentos y buena parte del proceso posterior.

De ahí en adelante entra en escena un nuevo personaje en el acontecer nacional: el movimiento obrero, destinado a tener una repercusión extraordinaria en la nueva situación. El titular de la Secretaría de Trabajo y Previsión —que sucedió al Departamento de Trabajo— inició contactos y conversaciones con dirigentes sindicales y patrocinó una serie de medidas sobre protección al trabajo y aumentos masivos, que ganaron reconocimiento y confianza de los trabajadores, acostumbrados como estaban a quedar siempre postergados. En poco tiempo la polarización se concreta efectivamente en ese campo. Por un lado las organizaciones obreras que luchan por la "democracia y libertad", con socialistas y comunistas a la cabeza; por otro, nuevas organizaciones obreras masivas agrupadas alrededor del Coronel Perón, en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Pero más allá de los acontecimientos que todos nosotros conocemos, un fenómeno realmente nuevo se está gestando: la aparición de un movimiento de masas, caracterizado por su ideario y por su organización. El ideario es nacional y mira al país. Hasta entonces había habido solo intentos (acceso de Irigoyen al poder) o reductos como F.O.R.J.A., que había empezado a mirar los fenómenos argentinos en perspectiva latinoamericana. La organización es totalmente vertical. Cada adepto tiene la mística de la revolución y está subordinado a la disciplina colectiva. De ahí en más, las reglas del juego político deben cambiar. Las elecciones de Febrero de 1946 confirman la elección previa que había hecho una gran parte de la ciudadanía. El partido político que sostendrá el nuevo orden se concretará en 1947 como Partido Peronista, así nom-

brado en homenaje a su inspirador y líder. En sus comienzos se llamó Partido Laborista, apoyado por una fracción de radicales. Recién después consolidará sus filas, con la sola inspiración de su jefe.

El ideario político por él sustentado en los primeros tiempos fue de su exclusiva factura, que amalgamó aportes del nacionalismo (argentino), y algunas modalidades bebidas en las encíclicas papales con hondo contenido social. A este bagaje ideológico, no demasiado complejo ni elaborado, se adhirieron incondicionalmente grandes sectores populares, convocados por su magnetismo personal, que se expresaba con lenguaje directo. Como adhesiones de significación sólo cuenta al comienzo, con los nuevos dirigentes sindicales y las fuerzas nacionalistas del Ejército. Todo estuvo en su iniciativa y en sus manos. Todo se hará desde arriba. Desde el Partido hasta la planificación y la ejecución. El autoritarismo, que en cierto momento es imprescindible para salir adelante cuando de cambios acelerados se trata, fue el germen de su eclipse. La máquina burocrática estatal por un lado y la burocracia sindical por el otro, minadas por obsecuencias y favoritismos, fueron carcomiendo las bases populares (democráticas) del movimiento. Bien pronto, en 1955, dieron por tierra con el gobierno las Fuerzas Armadas, mediante otro golpe revolucionario, que con una finalidad inicial muy clara, fue tergiversado más tarde convirtiendo la Revolución en una Restauración. Pero no es nuestro objeto por el momento, analizar este proceso en sí mismo, sino sus consecuencias, que ya lo haremos cuando corresponda.

La instalación del nuevo régimen constitucional en Febrero de 1946 se produce en un momento especialísimo. El país estaba creciendo, todo; no sólo en la esfera de la Tradición Cultural Criolla del Nordeste, aunque en ella, y especialmente en el Conglomerado de Buenos Aires se concentró mayor cantidad de fábricas nuevas. El número de trabajadores aumentó pero con un algo distintivo: son criollos que aprenden sindicalismo y política aceleradamente, sin ningún bagaje ni formación previa. Son peronistas y basta. Y eso se repite en el interior, en todos los sectores geográficos y en todos los niveles sociales, con mayor o menor intensidad.

La prosperidad y la riqueza reinan en el país como consecuencia de la guerra basadas en la acumulación de divisas. Se pone en marcha la recuperación del patrimonio nacional. Se nacionalizan teléfonos, ferrocarriles, puertos, gas, electricidad y compañías de seguros. Se centraliza también el control bancario y el sistema de divisas. Sin olvidar la canalización del comercio internacional a través del I.A.P.I. (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio). Paralelamente se dan créditos a través del Banco de la Nación, del Banco Hipotecario y del Banco Industrial que favorecen a la pequeña y mediana industria. Se construyen obras, diques, oleoductos, gasoductos. Con el apoyo y la iniciativa del Ejército se dan los primeros pasos hacia la industria pesada. La Fábrica Militar de Córdoba, también produce automotores, motocicletas, tractores. Crece la Flota Mercante y nace Aerolíneas Argentinas. En el campo se prorrogan los arrendamientos y entra en vigencia el Estatuto del Peón, que conmocionó violentamente la estructura económico-social vigente, en medio de grandes protestas y resistencias. Tanta repercusión como esta medida tuvo la puesta en marcha del control estatal sobre las entidades extranjeras que monopolizaban el comercio de granos, carnes y derivados, a través del ya mencionado I.A.P.I. Sin embargo, los requisitos básicos para lograr la In-

dependencia Económica, siguen faltando: petróleo, carbón, acero, electricidad. Y la estructura tradicional de la explotación agrícola-ganadera sigue en pie.

En lo económico, hasta 1950, es una época en la que la prosperidad crece y la ocupación es plena en casi todo el país, pero especialmente en el ámbito que hemos elegido para ejemplificar nuestro modelo. El cambio social es fiel reflejo de la situación imperante. Las ciudades grandes, además de Buenos Aires, absorbieron la corriente migratoria interna en masa, que aportó su trabajo, su capacidad de consumo y su tradición cultural. Fueron rechazados en principio marginados y segregados por la clase alta y media, pero bien pronto se incorporaron al medio e influyeron en él. Un hálito de tierra adentro, de criollismo puro, a manera de corriente de aire fresco, aventó buen número de patrones culturales extranjeros. Un nacionalismo sano, al que se sumó un folklorismo auténtico, dió sello nuevo a la vida ciudadana. La repercusión del nuevo orden atravesó verticalmente todos los estratos sociales y las instituciones. Desde el primer momento se pensó en la continuidad de esta política, contando con amplio apoyo de electores, a lo que se sumaría luego el electorado femenino. En 1949 se reformó la Constitución, incluyendo además, de la reelección presidencial, los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la cultura. También se prohibió la enajenación o concesión de las fuentes de energía y servicios públicos, declarados propiedad del Estado. El año 1950, declarado Año del Libertador General José de San Martín, encontró a la Nación, en especial, a la Tradición Cultural Criolla de la Pampa, en pleno Segmento Recuperatorio del Patrimonio Nacional. Y aquí dejamos —por ahora— el estudio del proceso. Los cambios de 1950 en adelante también los estudiaremos cuando tengamos más claro el proceso total.

11. Recordamos al lector que las páginas que anteceden son sólo una presentación esquemática de la metodología de nuestro trabajo, como es esquemático también el ensayo de aplicación a la esfera de la Tradición Cultural Criolla del Nordeste. El trabajo completo y las monografías complementarias, están en pleno proceso de elaboración, adelantado alguno de ellos.

Pero hemos querido dar a conocer un Proyecto de Estudio Antropológico, en plena marcha, que mira al país, a su pasado, a su presente y a su futuro, que recoge el esfuerzo de un grupo de antropólogos y estudiantes de Antropología que quieren empezar a hacer una Antropología Nacional, que reclaman la colaboración de los historiadores, de los sociólogos, de los economistas, para hacer, más adelante, una Antropología de acción nacional, al servicio de su consolidación y de su grandeza. No debe extrañar, entonces, que este texto sea publicado a manera de adelanto.

Porque también la Antropología ha pagado su tributo —quién más que ninguna otra especialidad— a la tendencia europeizante. Tanto que no existe una Escuela de Antropología Argentina ("escuela" en sentido de corriente nacional de la antropología) y, sin exageración no existe consolidada todavía una Antropología Argentina. La historia de la especialidad así permite afirmarlo (Imbelloni, 1950, Lafon, 1972). Fue tanta la admiración por la civilización europea (y urbana) que nunca se tuvo al indio en cuenta por sí solo. Era el salvaje, el bárbaro, el otro, el no hombre (por oposición al hombre, al europeo). Esto se ve más claro en la Pampa y en el Nordeste en general, donde no quedaron rastros visibles de su antigua cultura, pero están ellos (y están), por millares, y lucharon con el invasor que después de ellos, por

derecho de conquista", no muy claramente fundado. Eran poco menos que bestias mansas. ¿Quién iba a perder tiempo en estudiarlos? Y ahora, cuando casi han desaparecido, se convierten en objeto de estudio "nacional" y "objetivo", como una alteridad frente al civilizado erudito, que los observa como especímenes de museo o de zoológico. Y en el Noroeste, donde los aborígenes lograron un desarrollo cultural más avanzado, se los equiparó a los últimos siglos de desarrollo del Antiguo Perú, ya "civilizados" en cierta medida, a través del estudio no muy profundo de restos materiales y arquitectónicos, que hizo que nuestra Arqueología fuera con tres o cuatro décadas de atraso. No hablaremos de los otros campos, ya sean tradicionales o no tradicionales, porque casi no se han cultivado.

Y si eso ha ocurrido, ha sido siempre a la europea, tanto en la metodología como en la posición etnocentrista, o diletante. Cuando se regularizaron los estudios, a fines de la década del 50, al crearse Carreras Universitarias especializadas, también se hicieron mirando para afuera. Unos a Europa. Otros a Estados Unidos. Avanzada la década del 60, las expectativas estudiantiles apuntan hacia los estudios socioculturales, intentando iniciar la Revolución a través de la especialidad. Se abominó del europeísmo, pero se pasó a otro "ismo", o de Europa Oriental o de Estados Unidos. La inquietud fue al servicio de la política. Y así los rótulos que todavía circulan. La única disciplina que prosperó y recuperó mucho del tiempo perdido fue la Arqueología.

La especialidad que se ha convertido en centro de mayor interés es la Antropología Social, controvertida de nacimiento e inexistente en el país. Ese es el peligro mayor. A ello se refiere la advertencia que hemos hecho páginas atrás. Tenemos que hacerla nosotros, como gente madura. Sin guías ni mentes. Leyendo, seleccionando y criticando "sine ira et studio" y trabajando en el campo, en la observación directa, militante, recogiendo los datos científicamente. Eso es ciencia y no cientificismo. El cientificismo es lo otro: elaborar primero el modelo y luego acomodarle la realidad. Ciencia es honestidad y honradez. Respecto al otro que es como nosotros, por que él y nosotros somos el país. Si no trabajamos así seguiremos siendo subdesarrollados, también en Antropología. Aunque elaboremos diseños de investigación ceñidos a los cánones más ortodoxos de la Antropología Social al servicio de los gobiernos interesados en mantenernos como estamos, so pretexto de desarrollo; aunque escribamos las grandes teorías sobre la metodología a emplearse; y aunque teoriceemos sobre las grandes estructuras de pensamiento de los aborígenes americanos con la información de un indio que vive, a veces, en su toldería, pero que trabaja en un ingenio estacionalmente, y que como dijo el último etnógrafo militante a la manera clásica "cabalga en el filo de dos culturas" y vive alienado los últimos momentos de su individualidad (Palavecino).

12. La versión manuscrita de este trabajo, como el lector habrá comprobado en las primeras páginas, estaba lista para ser publicada a fines del año 1972. Razonas ajenas a la voluntad del autor impidieron su aparición en esa oportunidad. Hoy toma estado público después de transcurrido más de un año. Nuestro país, ya institucionalizado, retoma su rumbo hacia la definitiva integración nacional que todos anhelamos.

La tarea no será fácil en ningún terreno. Tampoco lo será en el campo de nuestra disciplina, llamada como está a convertirse en uno de los motores

del proceso cuando hagamos *nuestra* Antropología. Una antropología argentina, hecha por argentinos y al servicio del país.

Hemos elegido este puesto de lucha hace ya mucho tiempo y, aún a riesgo de aparecer como reiterativos, hemos querido declararlo una vez más para que no queden dudas. Es nuestra vocación de servicio, no de servidumbre la que nos guía en la tarea emprendida.

Del manuscrito original no hemos cambiado ni un punto ni una coma. Entendemos que nuestra contribución y nuestros argumentos, dirigidos como van hacia aspectos metodológicos del estudio del devenir de nuestra realidad, deben juzgarse por su valor original, si es que lo tienen.

Así pensábamos en el año 1972, luego de más de tres años de interesarnos en el problema y dar forma a nuestro modelo. Y así pensamos hoy; los lectores tienen la palabra.

### BIBLIOGRAFIA CITADA

- GIBERTI, HORACIO. 1974. Historia de la Ganadería Argentina. Buenos Aires.
- GONZALEZ, MIGUEL H. 1970. El fenómeno folklórico en el sur Argentino. En: *Centro de Investigaciones científicas. Serie estudios y documentos, N° 2. Viedma (Rio Negro)*.
- IMBELLONI, JOSÉ. 1950. Antropología, investigadores e investigaciones, etapas de esta ciencia en nuestro país. En: Subsecretaría de Cultura. Publicaciones, serie 3, N° 4. Primer ciclo anual de conferencias. Vol. 1. Buenos Aires.
- GORI, GASTÓN. 1964. Inmigración y colonización en la Argentina. Buenos Aires.
- LAFON, CÉSAR RENÉ. 1969. Áreas de Investigación. En: *El Catolicismo popular en la Argentina. Cuaderno N° 4 (Antropológico)*. Buenos Aires. pp. 14-190.
- 1970. Arqueología del Nordeste Argentino (una investigación en curso). En: *Actualidad Antropológica (Suplemento de Etnia) Vol. 7. Olavarría. Julio-Diciembre*.
- 1971. Introducción a la arqueología del Nordeste Argentino. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. N.S. tomo V, N° 2. Buenos Aires*, pp. 119-152.
- Un estudio comparativo de la subcultura humahuagueña. En: *RUNA, vol. XI. Buenos Aires. 1968*.
- 1972. Nociones de Introducción a la Antropología. Buenos Aires.
- MEMMI, ALBERT. 1972. El hombre dominado. Madrid.
- PALAVECINO, ENRIQUE. 1957. Áreas de cultura folklórica en territorio argentino. En: *Folklore Argentino. Biblioteca Humanior, tomo 6. E. Buenos Aires*.
- SARTRE, JEAN-PAUL. 1969. Qué es la literatura. Buenos Aires.
- WILLEY, GORDON. 1968/1970. An introduction to American Archaeology. New Jersey.
- 1964. Diagrama de una tradición cerámica. En: *Process and patterns in Culture. Chicago*. pp. 156-172.